

UN POETA ALQUIMISTA

La vieja polémica sobre la memoria del agua, deberían dejársela los científicos a los poetas. El francés Jacques Benveniste y sus polémicas teorías homeopáticas, el suizo Louis Rey con la termoluminiscencia y su efecto fantasma del agua, y hasta el mismísimo Masaru Emoto y sus cristales de H₂O poniéndose estupendos: todos deberían tener un poeta en sus laboratorios. Yo se lo estoy recomendando a mi amigo Cristóbal Biedma, para que en su rincón de cristalografías de la Universidad madrileña -no suelo decir Complutense porque Compluto no hubo más que una: Alcalá de Henares, y no me gustan los robos-, tenga siempre un poeta a mano, como si fuese un matraz aforado o un mechero bunsen.

Y es que en estas cosas de la alquimia, madre de la química y abuela de la tecnología, los poetas siempre han tenido mucho que decir, aunque a los científicos se les ponga el colmillo sonriente. Jorge de Arco, por ejemplo, poeta sin duda de nombre y hechuras alquímicos, es uno de los que más resultado daría en los estantes de cualquier Hermes Trimegisto.

Yo acabo de hurgar en su último libro de poemas, La constancia del agua, y se me ha quedado un regusto a transmutación, a espagiria, a puro conocimiento del elemento que, no sin motivo está más presente en nuestro cuerpo humano.

Al relacionar agua y poesía, todos empezarán a acordarse de Jorge Manrique y "nuestras vidas son los ríos" y harán bien, que recordar a los maestros es justo y necesario; pero hay que decir que en tema tan húmedo, y por tanto resbaladizo, en el que muchos poetas posteriores han terminado por ahogarse y resbalar, Jorge de Arco, se mueve con facilidad y equilibrio, sin aspavientos, como el que sabe muy bien el terreno que pisa y, aún mejor, el que quiere que pisemos con él. Que la belleza lírica sustente además un profundo sentimiento ético, empieza a ser rareza en estos días en que la lírica suele perderse en sí misma y la ética en correctismos políticos o morales de tribu. De Arco consigue -para él es arma y necesidad-, aunar la fuerza de unos

versos actuales con regusto clásico pero sin rigidez canonista, con el compromiso personal y decidido de quien sabe que hablando de él mismo nos implica a todos. Lo ha visto muy bien el sabio Enrique Badosa en el prólogo. Allí nos avisa: “la brillantez no aleja, deslumbrante, lo que el poeta quiere decir y dice. Ni el decir oculta luz alguna en esta obra...”.

Señalo esta característica insistentemente porque son raros -malditos sean los modernos de palabrería estéril y los del “todo vale porque yo lo digo”- los poetas jóvenes que hoy recuerdan que un poema debe estar construido “a soga y tizón”, bien trabadas la forma y el fondo, para que no se caiga el tabique. Jorge de Arco lo consigue con una suficiencia incontestable. Todo él tiene el sabor de las buenas y muchas lecturas, de la elaboración rigurosa, de la exigencia imprescindible del poeta en su oficio que, lo dije antes, tiene mucho de alquimia. Recuerdo a Paracelso: “Die lernt das falsch scheiden von gerechten” (“ella [la alquimia] enseña a separar lo falso de lo justo”) Mira tú, igual que la poesía.

Así, nuestro poeta, ni tan joven para andar a trompicones ni tan mayor para correr el riesgo de repetirse, ha dado con el perfecto equilibrio al tratar el amor -tema imprescindible recurrente- con un equilibrio y una belleza sorprendentes.

Para los que gustan de ejemplos, sólo una muestra de este poeta de Arcos de la Frontera, el pueblo con más poetas por metro cuadrado de España, para los que gustan de ejemplos: “Yo sé que tu leyenda es cierta, como sé/ que existes más allá de bosques y fronteras./ Cifraré este conjuro y, apenas tenga tiempo/ para desentrañar el laberinto/ que tejiera tu boca,/ traspasaré el umbral de la nostalgia/ y haré tuyos mi reino y mi pecado”.

Estos versos, con su guiño clásico, con su métrica “italiana” perfecta, con su equilibrio verbal y su riqueza de lenguaje, dan buena fe de lo que ando diciendo. Resulta fácil al lector vivir ese amor como si fuese propio, navegar por La constancia del agua acompañando a este marinero experto que, como aquel del romance, no dice su cantar “sino a quien conmigo va”.

Nadie argumente “de este agua no beberé” porque es más que conveniente y hasta necesario. No me vengan luego con que tienen sed porque el panorama poético anda muchas veces de seco. Jorge de Arco, es un buen trago, ya se lo aviso.

Enrique Gracia Trinidad

